



Foto: Luis Cárcamo

a Belén pastores



LA CASA ENCANTADA

19 DE DICIEMBRE DE 2007 A 13 DE ENERO DE 2008

BRIONES

PALACIO DEL MARQUES DE SAN NICOLAS

Martes a sábados, de 11 a 14 y de 16 a 18 horas
Domingos y festivos, de 11 a 14 horas

Taller. *Haz tu propio Belén*



Museo de La Rioja
Sección de Etnología



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura
y Deporte

A BELEN PASTORES

UN POCO DE HISTORIA

Tradicionalmente se le atribuye a san Francisco la tradición de recrear el Nacimiento del Niño Dios porque, según la leyenda, en la Navidad de 1223 y con el consentimiento del Papa Honorio III, ofició la Misa del Gallo en un establo de Greccio entre animales y usando como altar el propio pesebre.

En realidad esta celebración se enmarca dentro de las representaciones medievales conmemorativas de los episodios sagrados que por Pascua se realizaban dentro de las iglesias y de las cuales es un claro exponente el *Auto de los Reyes Magos*, primera pieza teatral de la literatura española, probablemente de fines del s. XII o principios del XIII. Y es que todas las celebraciones navideñas de la época giran más en torno a las recreaciones teatrales y a la música, especialmente con la composición de pequeños poemas que por ser cantados por las gentes del pueblo –los villanos- fueron denominados por el castizo diminutivo de *villancicos*.

La Historia del Arte está llena de pequeñas figuras de uso o devoción particular, vinculadas a nobles de la aristocracia civil o religiosa que se empleaban en esas fechas navideñas. Algunas son de autores que alcanzaron fama y reconocimiento con trabajos de empeño como escultores, pero aunque tenemos algunos grupos llenos de verdadero encanto como los barrocos de Luisa Roldán, *La Roldana*, que llenó con sus composiciones, incluso de barro policromado, las casas nobles y los conventos de Sevilla y Madrid en la segunda mitad del s. XVIII, carecían de la escenografía y los complementos que hoy conocemos en el montaje de un Belén.

Salvo excepciones, como el famoso Belén de cera de Lope de Vega, la costumbre se reducía a colocar estos pequeños grupos o imágenes del Niño en las pajas en las grandes casas, en las iglesias o en la intimidad de los conventos de monjas. Es decir, no era una costumbre de arraigo popular, o al menos de arraigo rural. Era una costumbre de ambientes selectos, aunque como ocurría con las celebraciones de Semana Santa,

el pueblo llano sabía apreciarlas y disfrutarlas. Pero no las ponía en casa.

Hubo que esperar a la llegada de Carlos III y de Salzillo, que trajeron desde Nápoles la costumbre de instalar, aunque tuviera un carácter temporal, una gran escenografía, con juego de perspectivas y paisajes, llena de arquitecturas y figuras independientes que recreaban escenas populares del día a día, con oficios, actividades, indumentaria y actitudes contemporáneas al servicio de la narración bíblica del nacimiento de Jesús.

Fue una importación más de las que Carlos III se trajo de Italia, y Francisco Salzillo inició la costumbre en España con el gran Belén que le encargó el Marqués de Riquelme en 1775, que llegó a tener 556 figuras humanas y 372 de animales, en una escala de 25 a 30 cm. en barro cocido y policromado, excepto el Misterio de talla. Fue una larga obra que Salzillo fue haciendo sin prisas a lo largo de su vida y que introdujo muchos de los elementos que se van a hacer tradicionales hasta hoy. En primer lugar la creación de un ambiente popular como marco donde se desarrollan los acontecimientos, pues aunque no es nuevo en el arte español, la existencia de un gran espacio físico propicia la presencia de figuras o actitudes que no están directamente relacionados con el tema principal. Así surgen pastores con sus rebaños, cantando o bailando, mujeres dedicadas a sus quehaceres, campesinos, artesanos, vendedores, viejos con niños jugando, etc..., que por sí solos adquieren personalidad propia. Son personajes de Murcia y su huerta vestidos a la usanza del s. XVIII y no como estos mismos se vistieran en el Belén bíblico. Sólo los Reyes Magos ofrecen una indumentaria fantástica a medias entre lo que sería histórico y lo cortesano de la época. En definitiva, es el gusto ilustrado por recrear la vida del pueblo, de una manera idílica, eso sí, pero llena de carga narrativa y documental.

El otro gran Belén de la época es el que Carlos III encargó para su hijo al escultor valenciano José Esteve y Bonet, el llamado *Belén del Príncipe de Asturias* que llegó a reunir 5.950 figuras entre personas y animales. José Esteve hizo para este Belén 180 figuras en madera policromada dentro de la más pura tradición de la

imaginería española y en la línea del de Salzillo, pues expresamente se le pide que en él *se representasen las costumbres, oficios y trajes del reino de Valencia*. Continuó esta ingente obra, que hoy se halla dispersa y mutilada entre el Palacio Real y la Academia de s. Fernando, el también valenciano José Ginés con grupos de barro donde mantiene la expresión de lo popular.

Trabajando por los mismos años que Esteve y Ginés, surge en Cataluña otra figura importante en la creación del belenismo. Se trata de Ramón Amadeu, que se inició como alfarero y más tarde pasó al taller imaginero de los Bonifás en Valls, donde aprendió el oficio, pero durante la Guerra de la Independencia se refugió en Olot, instalándose temporalmente allí y dejando abierto taller y escuela. Es el creador del *pesebrismo* catalán en el que adquirió verdadera personalidad con la confección de grupos de barro llenos de gracia, realismo y a veces rasgos caricaturescos, y del mismo modo que Salzillo en Murcia, supuso la creación de una actividad imaginera que se mantiene sin interrupción hasta nuestros días.



Belén del ceramista riojano Eugenio Ibáñez

MONTEMOS EL BELÉN

Hemos visto que la costumbre de colocar un Nacimiento en casa cada Navidad es de origen culto y cortesano, e incluso en toda su afición por lo popular responde al gusto rococó de la aristocracia del s. XVIII por jugar a ser pastores y exaltar la misma vida del campo. Sin embargo, los talleres de Murcia y Olot se encargaron de divulgar un pequeño arte que fuera asequible a otras capas sociales, sobre todo a la naciente burguesía que con su nuevo poder adquisitivo quería imitar costumbres aristocráticas. Alcanza así su generalización exclusivamente al medio urbano. En el rural es la parroquia la única que se embarca en la aventura de montar el Nacimiento llegando a instalaciones laboriosas de gran empeño, donde se conservan algunas de estas primeras figuras del s. XIX.

Para poner al alcance de todas las economías cualquier figura es necesario recurrir al molde, partiendo de un original en barro que el artesano belenista modela y perfecciona hasta el último detalle. De este molde saldrán un buen número de figuras que una vez desmoldadas y secas se cuecen en horno, se pintan y decoran. Además, en Murcia se ha recuperado para esta artesanía la vieja técnica barroca de los trapos encolados, cubriendo las figuras con telas que simulan mantos, turbantes y tocados, imitando la indumentaria a la *hebrea*.

Pero la producción es amplia y para ser asequible a cada bolsillo, va desde figuras llenas de todo lujo de detalles y a menudo con la firma o marca del artesano, hasta las más sencillas donde los volúmenes se reducen a lo elemental y la mayoría de los rasgos característicos son obra del pincel, porque el molde no está para demasiados dibujos. Recuérdense en este nivel aquellas ingenuas figuras murcianas de pastores bailando o llevando ofrendas con las cabezas cubiertas por anchos sombreros, o los grupos del *Anuncio a los pastores* con un angelito colgando de un pelado árbol por medio de un simple alambre, o el viejo haciendo gachas, o el pescador de caña contemplando un perro, o todas aquellas familias de animales donde las patas eran clavos hincados en el cuerpo.

También los centros catalanes –Olot, Barcelona y algunos otros de su entorno–, además de la obra de calidad hacen estas figuras más baratas donde los payeses con barretina conviven con personajes urbanos como la castañera, y donde no falta nunca el típico caganet tras el Portal.

A las figuras van entrañablemente unidas todas las arquitecturas que han de reproducir el escenario histórico, y son los portales de Belén, casitas y puentes, hechos de corcho o cartón encolado, ambientándolos bajo líquenes, pajas o musgo para simular hiedras y parras. Las casas de nuestros pueblos con tejados rojos o de pizarra sirven de modelo para estas construcciones, pero la imaginación se desborda en la confección del Portal o del palacio de Herodes. En este sentido no podemos olvidar la importancia de los mercados navideños de la Plaza Mayor de Madrid y de la Plaza de la Catedral de Barcelona. En uno y otro desde principios de diciembre están a disposición de chicos y grandes toda clase de figuras, casas, corcho, musgo, serrín blanco y verde, brillantes estrellas y papeles decorados para los fondos.

Fuera de estos grandes mercados, los distintos elementos del belén se venden en tiendas de artesanía, librerías y papelerías de tipo escolar, y desde luego, las piezas de autor, en comercios de arte sacro, pero todos adquieren un nuevo aire cuando colocan en sus escaparates los Reyes y pastores recién desembalados.

Con ellos, con este comercio recién abierto, da comienzo año tras año la celebración de la Navidad, rito vinculado a nuestros recuerdos infantiles, con el que perpetuamos una larga, larga tradición.

M.ª Teresa Sánchez Trujillano